

Jamás habitación humana ha encerrado seres más dichosos; jamás se ha conocido paso tan rápido del colmo del infortunio á la felicidad más inesperada.

Habiendo sabido el capitán *ispravnick*, al volver á su casa, que un *feldiegre* le buscaba, corrió él mismo á casa de los dos amigos y rompió el sobre del despacho que contenía dos pasaportes para ellos y una carta de Prascovia para su padre. En ella decía que, después de haber recabado esta nueva gracia, no se había atrevido á solicitar además socorros para el viaje de sus antiguos compañeros; pero que Dios había provisto á ello en recompensa del generoso ofrecimiento que le habían hecho á su salida de Siberia, y acompañaba á su carta la suma de doscientos rublos en asignados.

Prascovia aguardaba en Kiew, con la más viva impaciencia, la noticia del regreso de su padre; parecíale, haciendo el cálculo del tiempo, que aquél habría podido escribirle.

Al tomar el velo en Kiew no tenía intención de fijarse allí, y si la de establecerse para siempre en el convento de Nijeni¹ como había prometido á la abadesa; escribió á esta última cuando acabó sus devociones y partió en seguida para trasladarse á su lado.

La buena superiora la aguardaba con impaciencia y se había abstenido de noticiarle la llegada de su padre para reservarle una agradable sorpresa. Lopuloff y su mujer estaban en Nijeni desde hacía algún tiempo. A su llegada, Prascovia se prosternó á los pies de la aba-

1. Las religiosas en Rusia no hacen voto de clausura.

desa, que había salido á la puerta del monasterio con todas sus religiosas para recibirla.

— ¿No hay noticias de mi padre? preguntó en seguida.

— Ven, hija mía, le dijo la superiora; las tenemos buenas: te las daré en mi celda.

Condújola á lo largo de los claustros y del convento sin añadir una palabra. Las religiosas guardaban silencio, y su aire misterioso la hubiera inquietado sin la bondadosa sonrisa que veía en todas las caras.

Al entrar en la habitación de la abadesa, encontró á sus padres, á quienes habían ocultado igualmente su llegada. En el primer momento de sorpresa que experimentaron al ver á su hija querida en traje de religiosa, y movidos á la vez por un sentimiento de gratitud y de dolor, cayeron ante ella de rodillas; al ver esto, Prascovia lanzó doloroso grito, y poniéndose también de rodillas:

— ¿Qué hace usded, padre mío? exclamó. Es Dios, Dios solo quien lo ha hecho todo. Demos gracias á su providencia por el milagro que ha obrado en nuestro favor.

La abadesa y las demás religiosas, impresionadas por este espectáculo, se prosternaron también á su vez y reunieron sus acciones de gracias á las de la dichosa familia.

Los más tiernos abrazos sucedieron á este movimiento de piedad; pero lágrimas abundantes rodaban por las mejillas de la madre, cuando fijaba sus ojos en el velo de su hija.

La dicha de que gozaba la familia Lopuloff, desde su reunión, no podía prolongarse mucho. El estado religioso que había abrazado Prascovia condenaba á los ancianos padres á vivir separados de su hija, y esta nueva separación les parecía más cruel todavía que la primera, porque no había esperanza de que cesara. Sus recursos no les permitían establecerse en Nijeni; su madre tenía parientes en Wladimir, que les invitaban á que fueran con ellos: la necesidad les obligó á tomar este último partido. Después de haber pasado ocho días en una alternativa continua de alegría y tristeza, turbados en su felicidad por la idea de un próximo alejamiento, pensaron en salir para su nuevo destino; la bondadosa madre, sobre todo, estaba inconsolable.

— ¿De qué nos ha servido, decía, esta libertad tan deseada? Todos los trabajos, todos los triunfos de nuestra hija querida, ¿no estaban destinados sino á arrancarla para siempre de nuestros brazos? ¡Ojalá estuviéramos todavía con ella en Siberia!

Tales eran los lamentos que exhalaba de continuo la infeliz madre. Es gran dolor en todas las circunstancias de la vida separarse para siempre de las personas queridas; pero ¡cuánto más doloroso no es esto todavía cuando la edad pesa ya sobre nosotros, y ya no esperamos nada del porvenir!

Al despedirse de sus padres en el departamento de la superiora, Prascovia les prometió ir á visitarles en Wladimir, en lo que restaba del año; en seguida la familia, acompañada de la abadesa y de algunas religiosas, se dirigió á la iglesia. La joven novicia, aunque tan sen-

sible como su madre á esta dolorosa separación, mostrábase más fuerte y resignada, y procuraba animarla. Sin embargo, para prevenir los transportes de su dolor en los últimos momentos, después de haber orado algunos instantes con ella al pie del altar, se alejó dulcemente, entró en el coro donde se encontraban las demás religiosas y apareció tras la reja.

— ¡Adiós, padres míos! les dijo. Vuestra hija pertenece á Dios, pero jamás os olvidará. ¡Padre querido! ¡Tierna madre! ¡Haced, haced el sacrificio que Dios os impone, y que él os bendiga mil veces!

Prascovia, emocionada en extremo, tuvo que apoyarse contra la reja; las lágrimas tanto tiempo retenidas cubrieron su rostro. La desgraciada madre, fuera de sí, se lanzó sollozando hacia su hija; hizo la abadesa una señal con la mano, y al mismo tiempo fué corrida la cortina. Las religiosas entonaron el salmo: *Dichosos los hombres irreprochables en su fe, que marchan en la ley del Señor...* Llevaron á Lopuloff y á su esposa á la puerta de la iglesia, donde les aguardaba el carruaje: habían visto á su hija por última vez.

La nueva religiosa se sujetó sin pena á la austera regla del convento: cumplía sus deberes con la mayor exactitud y ganó más y más la estimación y afecto de la comunidad; pero su salud, que languidecía visiblemente, no podía soportar la vida penosa que su nuevo estado exigía de ella: su pecho estaba resentido. El convento de Nijeni, construído en la cima de un monte combatido por los vientos, estaba en situación desfavorable para este género de enfermedad. Después de pasar allí un

año, los médicos le aconsejaron que cambiara de residencia.

La abadesa, á quien los negocios llamaban á San Petersburgo, resolvió llevar consigo á Prascovia. Sin contar la esperanza que tenía de favorecer con este viaje el restablecimiento de su salud, la buena señora pensaba, con razón, que el buen nombre que disfrutaba su novicia y el afecto que todo el mundo le profesaba en la capital serían útiles para los intereses del convento. Prascovia fué una solicitante tan activa como desinteresada. Pero, conformándose á las conveniencias que exigía de ella su nuevo estado, no se presentó en el gran mundo como la primera vez, y visitó solamente á las personas cuyo trato estaba en el deber de cultivar por amistad y agradecimiento.

En esta época sus facciones estaban ya muy alteradas por la tisis pronunciada que la minaba sordamente; pero aun en este estado de decaimiento, hubiera sido difícil encontrar una fisonomía más agradable y, sobre todo, más interesante que la suya. Era de mediana estatura, pero bien formada; su cara, rodeada de un velo negro que cubría todos sus cabellos, era un óvalo perfecto. Tenía los ojos muy negros, la frente descubierta, cierta tranquilidad melancólica en la mirada y hasta en la sonrisa.

Conocía la naturaleza y todos los peligros de su enfermedad: todos sus pensamientos estaban dirigidos hacia otro mundo que esperaba sin temor y sin impaciencia, como una activa obrera que ha terminado su jornada y descansa esperando la recompensa que se le debe.

Cuando la abadesa hubo concluído sus asuntos, las dos religiosas se dispusieron á volver á Nijeni. La víspera de su partida, Prascovia salió para despedirse de algunos amigos que le habían enviado su carruaje; al entrar en su casa, encontró en la escalera á una muchacha sentada en los últimos peldaños y con traje que revelaba la mayor miseria. La mendiga, viéndola seguida de un lacayo con librea, se levantó penosamente para pedirle limosna, y le presentó un papel que sacó de su seno.

— Mi padre está paralítico, le dijo, y no tiene otros recursos que la limosna que yo recibo; yo misma estoy enferma y dentro de poco ya no podré ayudarle.

Prascovia, con mano trémula, se apresuró á tomar el papel: era un certificado de pobreza y de buena conducta, librado por el cura de la parroquia. Acordóse en seguida del tiempo desgraciado en que, sentada en la escalera del Senado, solicitaba vanamente la compasión del público. La semejanza que veía entre la suerte de aquella pobre muchacha y la que ella misma había experimentado, la emocionó profundamente: dióle el poco dinero que tenía y le prometió otros auxilios. Las personas de quienes iba á despedirse se apresuraron, por su recomendación, á favorecer á aquella desdichada y fueron, desde este momento, los protectores de su padre.

Antes de salir de San Petersburgo, pidió la dispensa de la ley que impide á las novicias su profesión definitiva antes de la edad de cuarenta años: nada descuidó por conseguir esta gracia, que le fué siempre rechazada.

Al regresar á Nijeni, la abadesa se detuvo algunos días en Novogorod, en un convento de religiosas, cuya regla menos austera y cuya situación hubieran convenido á la salud de la pobre novicia. Ésta había trabado íntima amistad, en el convento de Nijeni, con una joven compañera que tenía una hermana en el convento de Novogorod, donde se encontraba á la sazón. Durante la permanencia de Prascovia al lado de esta última, esforzóse ésta por ganar su amistad; díjole que su hermana había obtenido cambiar de monasterio é ir á Novogorod, y le aconsejó que la acompañara. La abadesa, que veía á su querida novicia desmejorar á ojos vistas, consintió en ello, á pesar del tierno afecto que le profesaba, é hizo, al llegar á Nijeni, todas las diligencias necesarias á este objeto.

No tardó Prascovia en abandonar su antiguo monasterio, llevando consigo el sincero pesar de la comunidad y de las personas de la ciudad que la habían tratado. Los dos primeros meses de permanencia en Novogorod los empleó en hacer construir una casita de madera, conteniendo dos celdas para ella y su amiga, en razón á que no había ninguna vacante á su llegada, quedando muy satisfecha de su nuevo asilo. Sus compañeras, que la conocían ya personalmente, consideraron su ingreso en el convento como un favor particular del cielo y se apresuraron á cumplir por ella aquellos deberes que eran harto penosos y que no podía soportar su salud. Estos cuidados y la tranquilidad de que gozaba prolongaron sus días hasta 1809.

Ya los médicos, desde hacía mucho tiempo, deses-

peraban de salvarla; pero, aunque ella misma había hecho el sincero sacrificio de su vida, no creía próximo su fin. Sin duda por un beneficio de la Providencia, en esta cruel enfermedad, para la cual no hay remedio, la vida parece reanimarse y dar algunos momentos de esperanza al ser á quien pronto va á abandonar, como para ocultarle la proximidad de esa hora terrible que nadie debe conocer.

Prascovia, la víspera de su muerte, se paseó algún tiempo por los claustros con menos fatiga que de ordinario: muy abrigada con una piel, sentóse á la puerta del convento; el sol de invierno parecía reanimarla; el aspecto de la nieve brillante le recordaba Siberia y los tiempos pasados. Un trineo de viajeros pasó ante ella, alejándose rápidamente: la esperanza hizo todavía palpar su corazón.

— La primavera próxima, dijo a su amiga, si me siento mejor, iré á hacer una visita á mis padres en Wladimir, y tú me acompañarás, ¿verdad?

Al decir estas palabras, el placer brillaba en sus ojos, pero la muerte estaba en sus labios. Su compañera procuraba presentarle la cara riente y contener sus lágrimas, próximas á desbordarse.

Al día siguiente, 8 de diciembre, fiesta de Santa Bárbara, tuvo todavía fuerza para ir á la iglesia y comulgar; pero por la tarde, á las tres, encontróse peor y se echó en el lecho sin desnudarse, para tomar algún descanso.

En la celda había muchas religiosas, y no creyéndola en peligro, hablaban alto y reían entre sí con objeto de

entretenerla ; sin embargo, la presencia de tanta gente la fatigaba. Cuando oyó el sonido de la campana que llamaba á las religiosas á la oraciones de la tarde, rogóles que se fueran á la iglesia, recomendándose á sus plegarias.

— Hoy, dijo, rogaréis todavía á Dios por mi salud ; pero dentro de algunas semanas rogaréis por el reposo de mi alma.

Su amiga permaneció sola con ella en la celda. Prascovia le rogó que leyese las oraciones de la tarde, como tenía por costumbre, á fin de cumplir sus deberes hasta el fin. La religiosa, de rodillas cerca de su cama, empezó á cantar dulcemente las plegarias ; pero, después de los primeros versículos, la enferma le hizo señas con la mano, sonriendo. Su amiga se le acercó, pudiendo apenas oírla.

— Querida amiga, le dijo, no cantes más ; esto me impide rogar : recita solamente.

La religiosa volvió á caer de hinojos ; mientras salmodiaba las plegarias, la moribunda hacía de vez en cuando la señal de la cruz. La noche estaba sombría.

Cuando las religiosas volvieron trayendo luces, Prascovia no existía ya. Su mano derecha permanecía sobre el pecho, y se veía, por la disposición de sus dedos, que había muerto haciendo la señal de la cruz.

FIN

ÍNDICE

ESTUDIO ACERCA DEL CONDE JAVIER DE MAISTRE.	V
VIAJE AL REDEDOR DE MI CUARTO.	1
EXPEDICIÓN NOCTURNA AL REDEDOR DE MI CUARTO.	85
EL LEPROSO DE AOSTA.	159
LOS PRISIONEROS DEL CÁUCASO.	189
LA JOVEN SIBERIANA.	233

